

El trasfondo ideológico en la obra de Alcides Arguedas. Un intento de comprensión

Es difícil esbozar con precisión el ideario que inspira los escritos de Alcides Arguedas. Cabe siempre el peligro de clasificarlo de acuerdo con ciertos rasgos de su mentalidad, fácilmente perceptibles y constantes a lo largo de su vida —prejuicios raciales, autoritarismo, etc.—, y rechazar o aplaudir su considerable obra literaria, histórica, sociológica y periodística¹ en función de nuestras propias actitudes ideológicas. La mayor parte de los estudios dedicados al boliviano no han logrado inhibirse de esta dificultad inicial (la toma de posición automática), y presenta al lector una clara bipolarización², en la que se arremete subjetivamente sobre la persona del escritor, o se cierran filas con panegíricos acríticos y carentes de la menor apoyatura científica. Así quien para unos es un «eterno resentido», un «reaccionario, totalitario» y «paladín de la plutocracia», para otros es «Arguedas el incomprendido», que con el «afilado bisturí de su pluma» derriba «ídolos» de continuo, y «un eminente hombre de izquierda, salido de las filas de la derecha». Juicios, como vemos, irreconciliables, basados en su mayoría en un aparato crítico incorrecto, cuando no falso o inexistente.

¹ La primera dificultad deriva del desconocimiento de las dimensiones exactas de su obra completa y de las diversas circunstancias que la motivaron, debido a: 1) el manifiesto deseo del propio Arguedas en no dar a la luz sus *Memorias* hasta cincuenta años después de su muerte; 2) lo desperdigado e inaccesible de su considerable obra periodística; y 3) la inveterada costumbre de Arguedas en volver sobre sus escritos, lo que hace que entre una edición y otra de alguna de sus obras haya numerosos cambios y variantes significativas para interpretar con rigor la evolución de su pensamiento.

² Una buena obra maestra de ello lo ofrece el relativamente reciente libro de Mariano Baptista Gumuzio, *Alcides Arguedas*, la Paz-Cochabamba, Editorial Los Amigos del libro, 1979. Esta recopilación de estudios (o de «juicios», como reza el subtítulo) presenta los juicios encontrados de sus compatriotas.

A continuación intentaremos analizar las líneas medulares del pensamiento arguediano, y las fuentes de que se nutre, a través de sus obras, para esclarecer su continuidad y su coherencia interna, por encima de las contradicciones en que pudo incurrir el hombre Arguedas, con la más completa creencia de que nada significativo en la vida de un hombre resulta casual; antes al contrario, todos sus hechos presentan estrecha relación, aunque se nos escapen sus razones ocultas³.

En la formación de toda personalidad confluyen siempre diversos factores ambientales y caracteriológicos, que si por un lado permiten a cada hombre concreto disponer de un esquema ideológico y vivencial propio, que opera sobre sus decisiones y sus actos volitivos como individuo y como ser social inmerso en una comunidad específica, por otro lado y simultáneamente posibilitan al resto de los hombres para entender las razones que lo han impulsado para actuar de una manera determinada y no de otra. Por eso resulta de tanta importancia su conocimiento ya que a través de ellos precisamos las coordenadas ideológicas por las que circula el pensamiento humano y las fuentes de que se nutre. Dicho lo cual cabe preguntarse: ¿cuáles fueron los factores determinantes en la formación de Alcides Arguedas?. Una vez más se hace necesario incidir en el punto de partida: su nacimiento en el seno de una familia que pertenece a la antigua oligarquía de la tierra, blanca y de ascendencia española⁴. Es éste un rasgo esencial para comprender la mentalidad de Alcides Arguedas, que nunca debemos olvidar. A este rasgo originario «de clase» se unen diversos factores caracteriológicos (huraño, retraído, con tendencia a la depresión)⁵ y ambientales (desastre de la Guerra del Pacífico, fuerte influjo de la ideología positivista⁶, del sociologismo determinista deci-

³ Me parece excesiva, por simplista y tajante (aunque tenga mucho de cierta) la afirmación de Carlos Beltrán Morales, cuando escribe: «Arguedas totalitario, defendía la democracia sólo por ser Ministro de Estado; partidario de la intervención del Estado en la economía privada, servía de paladín a la plutocracia; sostenedor de la nacionalización del petróleo, defendía a la Standard Oil. No había jamás unidad entre su pensamiento y su acción, entre sus ideas y su conducta». (En Mariano Baptista, *op. cit.*, p.116) Al margen de las matizaciones que pudieran hacerse a este texto, pienso que, al contrario, hay una coherencia de fondo que lleva a Alcides Arguedas a realizar esas contradicciones aparentes, coherencia que podríamos rastrear a lo largo de toda su obra, como intentaremos mostrar más adelante.

⁴ En cuanto a la relevancia social de su familia, baste recordar su parentesco con el Arguedas cabecilla sublevado contra el tirano Melgarejo (*La Danza de las sombras*, en *Obras completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1959, t.I, pp.667-670 y *Los Caudillos Bárbaros*, t.II, libro 1º, caps.IV-V); la hacienda que poseían sus padres en el valle, o cómo le costearon su estancia durante más de un año en Europa. (Las citas a las obras de Arguedas las haré por esta edición, salvo cuando taxativamente diga lo contrario).

⁵ OTERO, Gustavo Adolfo: «Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas», en BAPTISTA, Mariano, *op. cit.*, pp.83-107. Para este punto interesan las pp.84-89. Este trabajo apareció publicado con anterioridad en *Figuras de la cultura boliviana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1952, pp.323-353.

⁶ Para la guerra del Pacífico interesan fundamentalmente los siguientes estudios: FELL-

monónico y del regeneracionismo español).⁷ Y juntos condicionan tres actitudes constantes en su vida, íntimamente relacionadas y verdaderos parámetros de sus actuaciones futuras: un patriotismo «moralizante», con el que se considerará en condiciones de aleccionar a toda Bolivia, presidentes de la república incluidos; un prejuicio racial, basado en la superioridad de la raza blanca; y un elitismo «aristocratizante», distanciado siempre de los problemas reales de su pueblo.⁸

1) Patriotismo «moralizante».

Quizá no resulte exagerado afirmar que todos los escritos de Alcides Arguedas están traspasados de un ferviente patriotismo y, según muchos autores, de fuerte sinceridad.⁹ La triste postración de su patria, de la que aún hoy no se ha levantado, debió crear en el espíritu del joven Arguedas un desasosiego ante lo que él consideraba el fracaso del proyecto de Bolivia como nación histórica moderna. Esta desazón se percibe ya en *Pisagua* (1903), su primera novela, en la que Alejandro Villarino, protagonista y por momentos verdadero «alter ego» del escritor,¹⁰ ofrece al lector un

MANN VELARDE. José: *Historia de Bolivia*, La Paz, Los Amigos del libro 1967-70, t.II, pp.311-342; e *Historia de la cultura boliviana*, La Paz, Los Amigos del libro, 1976, pp.298-326; y GUZMAN, Augusto, *Historia de Bolivia*, Cochabamba-La Paz, Los Amigos del libro, 1976 (6ª edición), pp.151-157. En cuanto al impacto del positivismo en Bolivia ya son clásicos los libros de FRANCOVICH, Guillermo, *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, México, FCE, 1956, pp.9 y siguientes; ZEA, Leopoldo, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica (Del romanticismo al positivismo)*, México, El Colegio de México, 1949 (cap. VI, pp.255-267); y STABB, Martín S., *América Latina en busca de una identidad*, Caracas, Monte Avila, Edits., 1969, (cap.II). Relativamente reciente es el libro de ALBARRACÍN, Juan, *El gran debate. Positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana*, La Paz, Ed. Universo, 1978. (Para Arguedas, véase el capítulo «La tesis de *Pueblo Enfermo*», sacado de su libro *Arguedas, la conciencia crítica de una época y vuelto a retomar* en el libro de Mariano Baptista Gumucio, *cit.*, pp.257-282).

⁷ Para estos dos aspectos aconsejo el estudio de OTERO, Gustavo Adolfo, *cit.*, pp.93-97 y el de MEDINACELI, Carlos, «La inactualidad de Alcides Arguedas», en BAPTISTA GUMUCIO, M. *op. cit.*, pp.41-81, y más concretamente, pp.76-81.

⁸ No quiero decir con esto que Arguedas no se interesara por la realidad boliviana, no; sino que deformada su visión con las tres actitudes anteriormente citadas —patriotismo «moralizante», prejuicio racial y elitismo «aristocratizante»— rehusó siempre a enfrentarse a las causas profundas del malestar social y económico de su patria y abrazó la óptica del determinismo biológico y geográfico para interpretarlo.

⁹ No aseguraría yo con tanta rotundidad la segunda aseveración. Los retoques que introdujo Arguedas en *Pueblo Enfermo* (1937); ciertas omisiones palpables en sus libros de Historia o en su *La Danza de las sombras*; la subjetiva e injusta descalificación de los partidos de izquierda en este libro, por no citar los virulentos ataques a Gustavo Navarro; y la confusión de datos y fechas en la segunda «Carta abierta al coronel Busch», hacen pensar en el escamoteo consciente, o, al menos, en la selección de los datos que favorecen sus esquemas ideológicos.

¹⁰ Al margen de las continuas intromisiones del narrador en el pensamiento del protagonista, de la que es buena muestra el texto ofrecido a continuación de esta nota, se perciben

cuadro desolador de su patria: «Un hacinamiento de seres menos que inconscientes, arrodillados a las plantas de esos hombres que se llaman políticos y que a su vez están de hinojos ante el vellocino de oro»; un cúmulo de «industrias paralizadas y casi muertas por la incuria de esa juventud»; un derroche inútil de «energías de todos en las luchas por la política, terreno inmundo donde entran en combate las pasiones y los odios más viles». La visión catastrofista de Villarino-Arguedas no perdona a nadie, ni aristócratas, ni demócratas, ni mucho menos al pueblo. En su análisis de la historia de Bolivia no ve el protagonista sino la eterna y desastrosa contienda entre «ballivianistas y belcistas», entre «una aristocracia medio podrida y una democracia repleta de vicios de cenegal», tras la que se advierte¹¹

«El famelismo de un populacho ignorante que desea hartarse con el robo de los bienes de los que se decían superiores; la ruin ambición de los desheredados que pugnan por salir de las cloacas para ascender al lecho de los ahítos, y la presión de éstos, es decir de los eternamente desgraciados, de los eternamente proscritos.»

Ya están aquí esbozadas las ideas de Arguedas sobre la política y los políticos, la minoría dirigente, la historia de Bolivia, sus prejuicios raciales y de clase contra «el populacho ignorante», y su marcado tono apocalíptico y «moralizante» que mantendrá y desarrollará en el resto de sus obras, fundamentalmente en *Pueblo Enfermo* y en sus libros de historia.

Al final de la novela (libro VI básicamente) Alcides Arguedas introduce el episodio épico de Pisagua que sirve —en unión del libro I, en que se describe la caída de Melgarejo— para concretar temporalmente la historia de la novela, pero también para desembarazarse de su protagonista con un hecho heroico en el que pretende fundir, sin conseguirlo, las ansias suicidas de Villarino, el amor frustrado por su desdichada amada, Susana Cané, y sus sentimiento patriótico. Con ello supera el callejón sin salida en que había introducido a su protagonista y el conflicto irresoluble entre él y la sociedad pacaña. Pero Arguedas, no contento con esto,

en ambos coincidencias de carácter que no conviene pasar por alto: tanto a Arguedas como a Villarino les gusta vivir aislados del trato de las gentes; ambos son almas «justas» que luchan por un «ideal»; ambos participan de muchos «momentos de fastidio», etc.

¹¹ *Pisagua*, en *Obras completas*, cit., t.I, p.66. Una continuación de estas ideas las puede encontrar el lector interesado en las pp.71-72 de esta novela, cuando el narrador introduce abruptamente (en una de sus continuas intrusiones) la historia de la Guerra del Pacífico: «Pocos días después Chile, prevaliéndose de un pretexto cualquiera, invadía nuestro territorio en momentos verdaderamente difíciles para nosotros que diezmados por las plagas, empobrecidos nuestros tesoros por los inmoderados derroches de los gobiernos pasados...» Y si aún quiere verlo más intensamente, lea el cap.X de *Pueblo Enfermo*, Barcelona, Viuda de Luis Tasso, 1909, pp.193-195.

volverá a plantear un problema similar en su tercera novela, *Vida criolla*.¹²

Se ve que el tema nacional le preocupaba. En *Vida criolla* repite con ligeras variantes, aunque con mayor calidad narrativa en la descripción de la alta sociedad paceña, el mismo esquema de *Pisagua*: una historia sentimental frustrada sirve de soporte a la presentación del conflicto que se crea entre el protagonista, Ramírez¹³, y los hábitos de la sociedad paceña. La claridad literaria de la novela se resiente por las continuas digresiones moralizantes y las frecuentes intromisiones del narrador,¹⁴ pero el problema boliviano, planteado en términos similares a los de *Pisagua*, que tampoco encuentra solución. *Vida criolla* se cierra negativamente con la marcha final de Ramírez hacia el exilio, subrayada con una hora crepuscular en la que la falta de luz simboliza la inexistencia de claridad en esa sociedad (y posiblemente del protagonista), que aniquila o expulsa de su seno a los mejores y concede sus plácemes a los vacuos.

Pueblo Enfermo supone la ordenación coherente¹⁵ del pensamiento arguediano y su exposición sistemática. A la vez constituye su respuesta al montismo triunfante, arrebatado, por aquel entonces, por el espejismo del progreso indefinido. Para la confección de su ensayo sobre la realidad boliviana Arguedas parte básicamente de tres presupuestos: el determinismo geográfico; el determinismo racial; y el ataque al liberalismo de Montes. Dejaremos para más adelante el análisis de los dos primeros y nos centraremos en el tercer presupuesto, teniendo en cuenta que sus sátiras a

¹² Existe, al parecer, una primera versión de esta novela (1905). Por ello cabe hacerse varias preguntas: ¿qué aprovechó Arguedas de la primera edición, aunque nos diga que «la rehizo de principio a fin»? ¿Mantenia las mismas ideas en 1905 que en 1912? ¿Qué innovaciones narrativas introdujo? Son preguntas que sólo se pueden contestar cotejando la edición de 1905 con la definitiva (París, Ollendorf, 1912).

¹³ Ramírez, al igual que antes lo fuera Villarino, es un «alter ego» de Arguedas, y numerosas coincidencias de carácter y de afirmaciones lo avalan; incluso la marcha al exilio y el llanto del protagonista concuerdan con la dedicatoria del autor en su novela: «A la memoria de/ Ella/ la buena, la noble, la santa», y el recuerdo de su madre muerta. A mi juicio, el fracaso sentimental del protagonista simboliza y prefigura su fracaso social, como en *Pisagua*. el desarraigo social de Ramírez o de Villarino llega a su máxima intensidad de la mano de sus fracasos amorosos, y como consecuencia de éstos y del carácter «atávicamente desequilibrado» de los protagonistas. ¿Puede haber en ellos algo de los héroes modernistas? Parece muy probable. Gustavo Adolfo Otero sugiere, aunque por otros motivos, una relación estrecha entre esta novela y otras modernistas como *La Raza de Caín*, de Reyes; *Los Parias*, de Vargas Vila; o *El hombre de hierro*, de Blanco Fombona. Y desde luego, esta relación es evidente, al menos, en el caso de los dos últimos.

¹⁴ Unas y otras son palpables en multitud de momentos. Aconsejamos al lector interesado la antítesis en la presentación de don Justo Peñabrava (cap.I, p.93); Ramírez (cap.I, p.95); Luján (cap.II, p.99); el poeta modernista Juanito Pérez (cap.III, p.113); el largo pero interesante parlamento de Emilio Luján (cap.V, p.142); o el del mismo personaje para aleccionar a don Justo (cap.X, p.177), entre otros muchos que harían extensísimo este apartado.

¹⁵ *Pueblo Enfermo*, Barcelona, Viuda de Luis Tasso, 1909. Todas las citas que en adelante de este ensayo serán de esta edición.

la política de Montes están completamente imbricadas con su sincero nacionalismo.

Ya en el capítulo III^o, «Psicología regional» (en la edición de 1937, capítulo IV^o), se deslizan frases en las que se vislumbra su oposición a la política liberal, a tenor de las críticas que realiza el acendrado amor al terruño, que, según Arguedas, aumenta y deforma el amor a la patria:¹⁶

«Créese sinceramente, que el país encarna la suma de perfecciones institucionales y nadie duda de su extraordinario progreso. Esta idea es propagada ante todo, por los políticos de alta talla y por los gobernantes.»

Este breve escorzo satírico se incrementa sensiblemente en los capítulos siguientes (desde el IV^o hasta el XI^o), por los que transcurren las características «patológicas» que mantienen «enferma» a Bolivia: la «empleomaníaca» pasión por trabajar en la administración; el fraude generalizado; la megalomanía; la prensa, etc. El cuadro histórico que Arguedas presenta en el capítulo IX^o es desolador y el presente más patético aún. De ahí que escriba: «debemos convenir, franca, corajúdamente, sin ambages, que estamos *enfermos*.» (p. 184). Y mientras tanto, ¿qué es lo que ofrece el liberalismo montista al pueblo boliviano? Según Arguedas, un movimiento político basado en la conveniencia económica; una farsa de democracia parlamentaria, en la que, so pretexto de cumplir estrictamente los preceptos constitucionales, se encubre «la protesta de una porción de agregado social, deseosa de usufructuar el poder y cansada de la persistencia con que la otra se mantiene en él.» (p. 217)

Arguedas muestra con tintes apocalípticos los males que aquejan a la «enferma» Bolivia y cuestiona en su ensayo el «indefinido progreso» a que la ha conducido el liberalismo montista (a la vez que alaba el pensamiento de Villazón, futuro presidente de la república...), aunque sus soluciones no disten mucho de éste. Desde su visión esencialmente conservadora, y como representante de la oligarquía terrateniente, ataca valientemente las camarillas de la nueva oligarquía minera y el juego descarnado de alternancias del poder en el seno de la misma, mientras el pueblo boliviano permanece ajeno e impotente, y sufre las consecuencias del encumbramiento de los distintos grupos que la configuran. En lo que no acierta, en lo que a mi modo de ver desbarra injustamente, es en culpar a la «herencia indígena» y al «influjo del medio» de los sucios intereses antipatrióticos que mueven a las diversas facciones liberales y conservadoras.

El resto de su obra posterior a *Pueblo Enfermo* presenta idénticas características. Sus libros de historia no son sino la ampliación¹⁷ y pro-

¹⁶ *Ibidem*, p.88.

¹⁷ Como ya han visto Guillermo Francovich, Carlos Beltrán Morales, o Valentin Abecia, en los estudios que recoge Mariano Baptista Gumucio, en su ya repetidas veces citado estudio.

fundización del desarrollo histórico expuesto en su ensayo. Y otro tanto se puede afirmar de las *Cartas* que envía a diferentes presidentes de la República; en todas el amor de Arguedas por su patria y el dolor por sus tragedias se funden con el tono admonitorio y moralizante en que se instala para escribirlas. No parecen por ello exageradas las palabras de Francovich, cuando afirma:

«Arguedas fue en el fondo un moralista. Aunque sus investigaciones estaban consagradas a la historia y a la sociología, no era el conocimiento puro de la realidad social lo que él buscaba en ellas, sino la oportunidad para exteriorizar la protesta de su espíritu angustiado por el espectáculo que le ofrecía la vida nacional.»

2) *Prejuicio racial.*

Alcides Arguedas, como cualquier terrateniente boliviano de su época (y como muchos de los actuales), participaba plenamente, por su origen, del prejuicio racial basado en la superioridad de la raza blanca sobre indios y mestizos. Pero sus actitudes vivenciales y de clase no permiten, por sí solas, esclarecer la índole de su racismo, mezcla de denigración y desprecio hacia el indio y el mestizo, y de algo de conmiseración por el primero. Y es que para comprenderlo habremos de tener en cuenta la influencia poderosa que ejercieron en Arguedas las ideas del historiador boliviano Gabriel René Moreno,¹⁸ quien a su vez sostenía las mismas ideas racistas que el santacruceño Nicomedes Antelo había expresado con anterioridad. Brevemente expuestas son: a) inferioridad del indio y del cholo con respecto al blanco; b) total negación de los dos primeros para el progreso; c) necesidad de extinguirlos como premisa previa para conseguir el progreso nacional; y d) reemplazo de estas razas inferiores por contingentes sucesivos de inmigración europea.¹⁹ El darwinismo extremado de estos autores hizo mella en la formación del Arguedas adolescente, como refleja él mismo de forma indirecta en el episodio de la muerte de *Zorro* (*Raza de bronce*, I, cap. VI). Pero no se manifiesta en sus escritos de igual modo, y aun parece que reacciona un tanto contra estos autores. Y si bien su visión respecto del indio y del cholo es mayoritariamente negativa, percibe con claridad la imposibilidad de su extinción. A continuación intentaremos analizar la actitud de Arguedas, porque si bien presenta muchos rasgos coincidentes con Moreno y Antelo, carga las tintas sombrías en la descripción del mestizo, fuerza social en ascenso que coartaba cada vez más las posibilidades de su clase.

¹⁸ Arguedas manifestó en multitud de ocasiones la influencia que Gabriel René Moreno tuvo en su pensamiento: en sus libros de historia; en la Conferencia que pronunció en el PENS Club (Buenos Aires, septiembre de 1936); en las ideas de *Pueblo Enfermo* (1909), y en sus anotaciones de la 3ª edición del mismo.

¹⁹ ZFA, Leopoldo: *op. cit.*, pp.257-260.

Ya en *Pisagua* se percibe con claridad la aversión de Arguedas sobre el mestizo, al describir los rasgos psicológicos del tirano Melgarejo:²⁰

«Hijo del montón, al verse ascendido hasta lo más alto, los sedimentos de hostilidad contra todo lo que fuera superior y que llevaba adormecidos en su alma despertaron avasalladores. De ahí su desprecio por todo, que se traducía en sus actos, de una crueldad salvaje.» (t.I,p.32).

Pero es en *Pueblo Enfermo* donde su odio contra el cholo se manifiesta con toda su intensidad. En el capítulo IIº, «El problema étnico en Bolivia», examina los rasgos que configuran al mestizo, y, a pesar de su pretendida objetividad, Arguedas refleja de forma patente un enfermizo anhelo de zaherirlo y un resentimiento²¹ por su ascenso social. Jamás nos ofrece una sola virtud que no tenga su defecto: «altivo», pero «inclinado a la rapiña»; «valiente, pero holgazán»; «inteligente», pero «dogmático». Y una vez presentado el paradigma, lo llena de improperios: díscolo, mordaz, envidioso, agresivo, ambicioso de cosas vulgares, «de espíritu ovejuno», etc. Ya antes, al presentarnos la distribución de las razas en Bolivia, ha culpado al mestizaje de los males que la aquejan, basándose para ello no en estadísticas, «hechas muy a la ligera» y sin garantías de fiabilidad, sino en ciertos «rasgos morales» y en

«el modo de ser colectivo, anormal, curioso, raro. De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias idas de este viejo continente.» (*Pueblo enfermo*, 1909, p.33).

A lo largo de su vida Arguedas mantiene y aumenta su inquina contra el mestizo, al que identifica con la clase media, cuya ascensión observa impotente. El retrato que hace de Troche —el mayordomo de *Raza de bronce*— o la suma de crueldades que lleva a cabo el patrón mestizo —Pablo Pantoja— nos exime de aducir más argumentos. Con todo, vamos a ofrecer un nuevo testimonio: la tercera edición de *Pueblo Enfermo* (1937) incorpora un capítulo para explicar la «Psicología de la raza mestiza», en el que se introducen añadidos que incrementan su visión negativa sobre el cholo, a la par que mantiene los fragmentos de la primera edi-

²⁰ Seis años después se expresaba en términos similares en *Pueblo Enfermo*: «Hijo del montón, hervía en sus venas sangre pura de cholo: era vengativo, vanidoso, cruel,...» (p.197).

²¹ Este resentimiento se manifiesta ya desde el comienzo de la descripción: «a pesar de los vicios en él ya inherentes...» (p.62). También aparece en *Vida criolla* y más tarde en *Raza de bronce*, en la figura del odiado gamonal, Pantoja, y en el no menos aborrecido mayordomo, Troche. Al respecto, hemos de tener siempre presente que sus prejuicios raciales y su elitismo aristocratizante están íntimamente imbricados, aunque los analicemos separadamente.

ción que inciden directamente en responsabilizar a éste del atraso de Bolivia:²²

«Es la clase dominadora, desgraciadamente en el país; por eso éste, tardo en conquistas de orden práctico, o mejor económico, ha perdido la fugaz preponderancia que ejerciera en los primeros años de la independencia,...»

Distinta es su actitud para con el indio, en la que se aúnan, como ya anticipamos, el desprecio y la conmiseración. En *Pisagua*, novela fundamentalmente urbana,²³ encontramos una breve referencia a la triste postración en que se encuentra el indio andino, un anochecer en que el silencio es interrumpido sólo por los grillos y

«por las angustiosas sinfonías de los indígenas que parecen interpretar los dolores de esa raza grande, soberbia en un tiempo, y hoy degradada por la opresión de más de tres siglos; raza genitora en otros días de reyes y caudillos y hoy de indefensos parias, de pobres autómatas que vegetean bajo la despótica tiranía del patrón.» (t.I, p.42).

La protesta expresada en este texto podría hacernos pensar que Alcides Arguedas persigue la liberación del indio, y en alguna medida ello es cierto. Pero nunca pretende su liberación total, es decir, la realización plena del indio como persona, ni el desarrollo de todas sus potencialidades humanas, porque instalado en sus prejuicios raciales de falsa superioridad, lo considera nulo «en obras de iniciativa y busca personal», y, en consecuencia, inapto para el progreso. De ahí que Arguedas adopte la «mística» del determinismo geográfico y étnico para explicarlo.

Mucho más importante es su segunda novela, *Wata Wara*, para la comprensión de sus ideas sobre el indio boliviano; sin embargo ha pasado inadvertida por toda la crítica que ha estudiado al escritor paceño. La escasa importancia que el propio Arguedas concedió a sus escritos anteriores a *Pueblo Enfermo*, el hecho de que *Wata Wara* fuera reutilizada para la elaboración de *Raza de bronce*, y la poca accesibilidad de la edición de 1904, son razones que han debido influir en su desconocimiento. No obstante, en *Wata Wara* se encuentran básicamente desarrolladas sus observaciones sobre la vida y los atavismos del indio aymara, que re-

²² *Pueblo Enfermo* (1909), p.65, y (1937, t.I, p.439). En su edición definitiva cambia «el país» por «Bolivia» y, tras la transcripción íntegra del párrafo arriba expuesto, apuntilla: «La historia de este país, Bolivia, es, pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa...»

²³ La acción de *Pisagua* se desarrolla fundamentalmente en la ciudad. Con todo, las estancias campestres de los protagonistas, Villarino y su amada Sara, se oponen por su placidez y sosiego al mundo de hipocresía, soberbia y vanidad ciudadinas, y retoman el viejo tópico del «menosprecio de corte...»

petirá, incluso con calcos textuales, en —éste sí— su conocido ensayo *Pueblo Enfermo*.

Veámoslas con cierto detenimiento.

La visión que Arguedas nos ofrece, a través del personaje Choquehuanka, está enmarcada por dos irrupciones del narrador que expresan con claridad las limitaciones de su pensamiento,²⁴ y que oscilan entre el determinismo étnico y la compasión por la existencia del indio, ante «la indolencia de los blancos» y el desinterés de «los gobiernos». Por Choquehuanka desfila, en forma «cinematográfica», «el modo de ser y de vivir» del indio aymara: su origen aciago (p.35); sus primeros años de infancia, entre los animales caseros y sus excrementos (p.36); su extremadamente precoz incorporación al mundo del trabajo (pp.36-37); su rápida asimilación cultural de los prejuicios, creencias y supersticiones indígenas (p.38); la extremada rudeza de su trabajo desde la preadolescencia (p.39). El tono ensayístico de estas páginas y de las inmediatas siguientes permite que se imponga la voz del narrador-autor sobre el personaje que hipotéticamente está rememorando la vida del indio, y, en consecuencia, que lo narrativo se diluya y pierda fuerza en favor de las intromisiones moralizantes, que nos muestran un completo inventario de las costumbres indígenas: frugalidad en el comer (p.40); capacidad de sacrificarse (p.40); amor por su querencia (pp.40-41); actitud extrema en sus afectos —amor y odio— «hasta lo inconcebible» (p.41); desconfianza atávica hacia el blanco (p.42); etc.²⁵

El paralelismo entre estas páginas y las que dedica al indio aymara en *Pueblo Enfermo* (1909) salta a la vista con una simple lectura, por lo que podemos afirmar que la elaboración del capítulo II° de su ensayo capital no es sino una transposición ampliada del capítulo II° de *Wata Wara*. Un breve cotejo de ambas obras ratifica de inmediato nuestra afirmación anterior.

Wata Wara (1904)

«Comienzan a ser desgraciados desde su nacimiento, puesto que muchas veces nacen al aire libre, en medio del campo, pues sus madres (...) cuando el frío abre sus grietas en los labios y agarrota los dedos imposibilitando manejar las herramientas de labranza.» (p.35)

«los cuelgan de sus senos pasándose por los hombros una tira de lienzo, y los crían de este modo, sin preservarles del sol, hasta la edad de dos años, y mirando-

²⁴ Cito por la edición de *Wata Wara* (*Wata Wara* es el título del ejemplar) publicada en Barcelona, Imprenta de Luis Tasso, sin año, aunque con toda seguridad de 1904. Pertenece a la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura I/19904.

²⁵ El muestrario continúa con el modo de actuar y las costumbres de la mujer aymara: sus labores, sus odios y sus amores; su denodado coraje en el combate; y la sumisión consciente y deliberada a su compañero (pp.43-44).

los como retazos de carne animada que gruñen cuando las necesidades les acosan y que huelen mal cuando ceden a esas mismas necesidades.» (p.36)

«...los abandonan en medio de los patios infectos de las casas, junto con las gallinas, los conejos, y los corderitos recién nacidos(...); y en su compañía apartando a los conejos que se meten bajo las piernas, luchando con las gallinas que amenazan picotearles los ojos y que les roban en leal combate el puñado de maíz tostado que les han servido, revolcándose en sus propios excrementos y en el de los animales, llegan a los cuatro o cinco años en que ya principian a luchar con la naturaleza, pastoreando los rebaños diminutos(...)

(...)Sin otro abrigo que la camisa tosca de lana de oveja...» (pp.36-37)

«De los cinco a los doce años son más pesadas sus ocupaciones, porque tienen la obligación de llevar el ganado ovejuno a distancia de muchos kilómetros, a los cerros donde vercea la paja recién salida o a los pantanos donde las gaviotas hacen sus nidos. En ellos se hacen prácticos para distinguir, en fuerza de tanto trajinar, las aguadas que en su fondo ocultan el cieno y que son especie de cisternas donde si se cae, pocas veces se sale con vida, (...), allí es donde se sirven de la honda, no como objeto de recreo, sino como un arma de combate; allí comienzan a ser hombres, a saber que la vida es triste, y a beber el odio contra los blancos(...); allí se hacen supersticiosos escuchando narrar los prodigios que realizan los yatiris (adivinos);...»

Pueblo Enfermo (1909)

«...Lo es desde que nace, pues muchas veces, como las bestias nace en el campo, porque el ser que lo lleva en sus entrañas labora(...) expuesta al frío que abre grietas en los labios y agarrota los dedos imposibilitando manejar las herramientas de labranza.» (p.41)

ANAL140

«...a ese sol radioso en invierno pero frío, que las madres indias exponen a sus hijos recién nacidos, colgándoselos de sus senos, con una tira de lienzo que pasan por las espaldas, y mirándolos como retazos de carne animada que gruñen y huelen mal,» (p.41)

«Se le deja cerrado en los patios infectos de las casas, junto con las gallinas, los conejos y las ovejas recién paridos; y en su compañía, apartando a los unos que se les meten bajo las piernas, luchando con los otros que amenazan picotearles los ojos y les roban, en leal combate, su almuerzo, compuesto de un puñado de maíz tostado; revolcándose en sus propios excrementos y en el de los animales, alcanzan los cuatro o cinco años, y es cuando comienzan a luchar con la hostil naturaleza, pastoreando diminutos rebaños (...) Sin más abrigo que la burda camisa de lana...» (p.41)

«Más tarde sus ocupaciones se doblan. Ya son pastores de ovejas y tienen obligación de llevar su ganado a los cerros donde verdea la paja recién salida o a los pantanos donde las gaviotas anidan. Allí se hacen prácticos para distinguir, en fuerza de trajinar, las aguadas que en su fondo ocultan el cieno y son especie de cisternas, donde si se cae, pocas veces se sale con vida(...) Entonces se sirven de la honda, no como objeto de recreo, sino como arma de combate, y comienzan a ser hombres, a saber que la vida es triste y a sentir germinar dentro de sí el odio contra los blancos(...) Se hacen supersticiosos oyendo narrar los prodigios que realizan los yatiris...» (p.42)

No queremos extendernos más en el cotejo de ambos capítulos. Como hemos podido observar, ya está aquí expuesto el pensamiento arguediano sobre el indio aymara. En *Pueblo Enfermo* Arguedas no hará sino dar cuerpo a las páginas reseñadas del capítulo IIº de *Wata Wara*, y situarlas en un contexto más ambicioso: «la realidad nacional».

En la composición de *Pueblo Enfermo* el determinismo geográfico —«el influjo del medio»— juega un papel estructurante. El medio ambiente donde se desenvuelve el indio aymara, la pampa, no «convida a las expansiones ni a la alegría». Su invierno es «árido y desolador»; su intercambio estacional, «sombrio y perverso». El hombre que la habita, se siente «abandonado» en la inmensidad de su suelo «estéril» y «gris»; y su labor resulta «ingrata», ya que exige un esfuerzo denodado y continuo para conseguir un fruto «mezquino», que hay que «economizar» y consumir «parcamente», si se quieren evitar las «torturas caninas», frecuentes desde «tiempo inmemorial». En esta larga enumeración de trabajos y dolores Arguedas funde la región interandina —la pampa— y el hombre que la habita —el indio aymara— en un todo indisoluble que resulta imposible disociar. Por eso puede concluir escribiendo:

«El aspecto físico, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas, han moldeado el espíritu de manera *extraña*.²⁶ Nótase en el hombre del *altiplano*, la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerzas para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo; y también de la naturaleza. Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda suerte de calamidades y desgracias...»

Sus prejuicios raciales contra el indio se mantienen incólumes en sus obras posteriores a *Pueblo Enfermo*.²⁷ En la *Danza de las Sombras* reutiliza fragmentos de su ensayo capital para describir de nuevo las limitaciones del indio y abogar, como siempre, por una tenue educación del mismo que posibilite un mejor aprovechamiento de su incorporación al mundo del trabajo rural, único ambiente donde puede tener cabida por

²⁶ *Pueblo Enfermo* (1909, p.38). El subrayado de esta palabra es mío. Obsérvese el extraordinario y ambiguo valor del adjetivo y la recurrencia de su empleo, o de vocablos afines, por parte de Arguedas, ya que supone por él una valoración «moral». Así, por citar dos ejemplos más, contempla el peso específico del mestizaje, no de forma cuantitativa, sino por «el modo de ser colectivo, anormal, curioso, raro.» (p.33); y el carácter nacional se manifiesta con rasgos patológicos de «anormalidad».

²⁷ En la misma *Raza de bronce* (B. Aires, Losada, 1976, 6ª edición) los describe como desconfiados y sinuosos (pp.19 y 20); crueles y vengativos cuando pueden (pp.33 y 102); insensibles para la belleza (p.55); enemigos de lo nuevo y, por eso, refractarios a cualquier innovación (p.263); supersticiosos y sumidos en la brutalidad (pp.12, 46, 49, 59-60, 127, 137, 196-197, 242,...»

«sus hábitos, su carácter» y su «atavismo». Porque no debemos olvidar nunca que para Arguedas el indio es nulo en «obras de iniciativa y busca personal», y que su «amejoramiento» jamás será tal que pueda llegar el día en que esté preparado, no para ser motor del progreso, sino ni tan siquiera para equiparse con el agricultor norteamericano, por ejemplo, porque

«Mundos enteros de diferencia separan, pues, a nuestros agricultores indios de los agricultores yanquis, y esos abismos no se colmarán creo que nunca, porque provienen de factores de raza y morales, que no se nivelan ni pierden.» (t.I,p.1109)

Y once años después las tibias reformas impuestas en el campo por el gobierno Villarroel en favor de los campesinos,²⁸ le suscitan esta NOTA, al final de la tercera edición de *Raza de bronce*:²⁹

«Un Congreso Indigenal tenido en mayo de este año 1945 y prohijado por el Gobierno ha adoptado resoluciones de tal naturaleza que el paria de ayer va en camino de convertirse en señor de mañana...»

3) *Elitismo «aristocratizante».*

Es una actitud que se desprende de las dos anteriores y se origina en la fusión indisoluble del orgullo de clase (terratiente blanco) con la soberbia del intelectual que se cree superior, políticamente hablando, al resto de sus conciudadanos. El elitismo «aristocratizante» de Arguedas constituye un baluarte defensivo desde el que se sitúa para lanzar sus aceradas críticas y resguardarse de las adversas, a la vez que la respuesta íntima del escritor ante el ascenso social del cholo, que, como ya hemos indicado, representa para él la clase media boliviana. En *Pisagua* encontramos algunas manifestaciones de su actitud elitista, cuando describe la figura del dictador Melgarejo y las familias adineradas de La Paz, que abrigan «ideas tontas olvidando que por sus venas corría sangre de siervos y presidiarios». Breves pinceladas satíricas se pueden percibir también en *Wata Wara*, sobre todo en el capítulo III^o en que se describen a los patrones, al cura, la fiesta de la Virgen, etc. Pero es en *Vida Criolla* y sobre todo en *Pueblo Enfermo* donde se muestra ya con toda rotundidad.

²⁸ Más que reformas auténticas fueron actos simbólicos, como la supresión del ponguaje (trabajo gratuito para el terrateniente).

²⁹ *Raza de bronce*, cit., p.266. Contrasta esta afirmación con la que vierte Tristán Marof (Gustavo Navarro) en 1961: «Bolivia sigue siendo indígena y ahí su virtud.(...) Aún el indio puro continúa esforzado para el trabajo, y (...) cambiará cuando cambie su estructura social y económica, pero no (...) corrompiéndolo con la demagogia, convirtiéndolo en político de desfiles para beneficio de caudillos.

A pesar de todo lo que se diga el indio espera su redención que debe ser estrictamente económica y social,...

En *Vida Criolla* está latente a lo largo de toda la novela en el conflicto entre el protagonista, Ramírez, y la «alta sociedad paceña», y aflora con nitidez en el largo parlamento que Luján le espeta, tras el vapuleo que han sufrido en casa de don Darío:

«No hay tal clase. Es el germen indio que resucita; es sangre aymará o quechua que corre bajo pieles blancas. Las viejas familias aristocráticas de verdad han desaparecido ahogadas por la chusma. Todo eso que ahora se dice aristocracia son grupos de formación artificial (...), son los que ahora dominan y se dicen nobles. En el fondo son héroes de revuelta, caciques o curacas, cuando no pobres esclavos aún no libertos de fatalidades atávicas. Fíjate bien en todos los actos íntimos de esos seres y verás que el carácter indio salta claro, neto, sin deformaciones (...) El indio de levita (...) Necesita estar empleado, porque de otra manera no sabe cómo vivir. Y el Estado le suministra techo, pan y abrigo; y como el Estado es un patrón indolente, lo explotan hasta esquilmarlo, y quienes no lo consiguen, andan en la oposición pregonando la pureza de programa y de intenciones, lanzando manifiestos seductores, pero falsos. Llegan a formar mayoría, promueven una revuelta y suben y... lo mismo. La podredumbre viene de la cabeza.» (t.I,p.142)

Este fragmento resulta paradigmático porque nos permite ver, íntimamente fusionados, los prejuicios raciales y de clase del narrador a través del personaje. Su inquina contra la «nueva aristocracia» (la oligarquía minera) y, en consecuencia, la desaprobación de sus actuaciones políticas reflejan con claridad, como en un negativo, el fondo conservador y autoritario que subsume en el ideario político de Alcides Arguedas. Y es que en su interior Arguedas siente siempre como un terrateniente que contempla con impotencia el ascenso de una nueva élite política y económica, en detrimento de la antigua «aristocracia de la tierra», a la que —no lo olvidemos— pertenece. Cuando en *Pueblo Enfermo* enumere los «síntomas» de la «enfermedad boliviana» (mala educación de la mujer, malos matrimonios, falta de higiene, alcoholismo, alimentación defectuosa, etc), achacará su existencia al abandono de las antiguas tradiciones hispanas, «sencillas» y «majestuosas», en favor de la «aristocracia ocasional», surgida de las esferas políticas o del «poder del dinero»:

«Antes, lo he dicho, primaba en las relaciones, buenas y bellas virtudes. Se era sincero, franco, hidalgo y sencillo. Las exterioridades no ocupaban mucho campo en la imaginación de los hombres: eran más ingenuos y menos rencorosos. Ahora se complacen en rendir preferencias a lo puramente ficticio y aparente: se ha arraigado el egoísmo, la envidia, el odio y la malevolencia en ellos.» (*Pueblo Enfermo*, 1909, p.172)

Lo que resulta curioso es que las soluciones que ofrece en el capítulo XIº de su ensayo, «La Terapéutica Nacional», son las mismas que habían

servido de bandera al liberalismo montista³⁰ (y a todo el liberalismo decimonónico americano), que tanto critica: campaña educativa, aumento de vías férreas y fluviales, inmigración blanca... Sólo le separa de ellos una ligera diferencia: su inveterado autoritarismo. Desde 1909 Arguedas está abogando por la aparición de un hombre providencial que salve a Bolivia y gobierne al margen de cámaras y partidos:

«¡Crear hombres!

Si apareciese uno justo, bueno, honrado, valiente, grande por sus virtudes, sería de ayudarle a surgir, trabajar por él para colocarlo en el Poder y luego aconsejarle gobierne a discreción, sin cámaras, sin partidos, dejado solo con su criterio y con el de sus colaboradores y luego que haga uso de sus músculos, de su carácter, para libertarnos y extirpar esa casta ruin de politiquillos menudos que sólo esperan en el funcionarismo un medio de figurar y vivir; y es seguro que ese hombre haría de Bolivia pueblo libre, consciente y moderno haciéndole adquirir conciencia de nacionalidad basada en hechos y frutos y no producida por imaginación enfermiza.» (*P. Enfermo*, 1909, p.250)

Este fragmento fue respondido espléndidamente por Vicente Gay en la revista *La España Moderna*,³¹ como para que ahora le dediquemos mayor atención. Lo que importa señalar aquí es la temprena tendencia de Alcides Arguedas, que no dudamos en calificar de pre-fascista; consistente en amalgamar pensamientos encontrados: «pragmatismo» y «nacionalismo»; «pesimismo» ante la historia de Bolivia y sus líderes políticos, y, en contrapartida, fe en el pueblo.³² Bien es verdad que es ésta una fe cuasi «metafísica», consecuencia de su visión paternalista, porque no debemos olvidar que para Arguedas el pueblo real será siempre «el populacho ignorante», ávido de los bienes ajenos, que pugna «por salir de las cloacas al lecho de los ahítos,»

Su pensamiento no varía sustancialmente después de 1909. Los acontecimientos históricos —Primera Guerra Mundial, Revolución de Octubre de 1917, ascenso del comunismo internacional, Crisis económica mundial y aparición de los fascismos en Europa— sólo lo moldean. Arguedas, espectador privilegiado de la Europa de entreguerras e imbuido

³⁰ Y a la postre no sólo se identifica con ellos, sino que llegará a convertirse en el Jefe del Partido Liberal (1940).

³¹ Año 28, t.270, 1 de junio de 1911, pp.123-156. Para el análisis de *Pueblo Enfermo* y de su vinculación hispánica (Picavea, Ganivet, Costa, etc.), véanse las pp.130-150. En cuanto a la figura milagrosa y providencial que pudiera acelerar la evolución de Bolivia hacia la modernidad, sin cámaras ni partidos, Gay avisa del peligro que supondría deslizarse hacia formas no democráticas: «Un Melgarejo con cerebro europeo y con su voluntad selvática hubiese podido hacer mucho en Bolivia; pero los Melgarejos, buenos o malos, suelen ser siempre peligrosos...» (p.150).

³² Estos rasgos han sido analizados con perspicacia por TIERNO GALVÁN, Enrique: «El pre-fascismo de Macías Picavea», en *Idealismo y pragmatismo en el siglo XIX español*, Madrid, Tecnos, 1977, pp.131-167.

de fuertes prejuicios racistas y de clase, se torna furibundo anticomunista y desliza su ideología, de forma natural, hacia la ideología fascista.³³ Ya en *Raza de bronce* (1919), cuando describe la figura de Suárez y nos presenta su disputa con Pantoja, Arguedas rebate la proyección que el «mujikismo» podía tener en la sierra andina como expresión prerrevolucionaria,³⁴ y refleja, de rechazo, su ferviente anticomunismo. Y en 1930, al enterarse de la caída de Siles, opone los términos «sublevación comunista» y «verdadera revolución» como antitéticos. No tiene nada de extraño, por eso, que en 1934 combine la admiración por la Alemania nazi y por la Italia fascista, con la vejación y el insulto a los comunistas, a los que califica de «subhombres», asumiendo para sí el «espíritu y la letra» de las teorías vertidas por E. Günter Gründel en *La misión de la Jeune Génération*. En los teorizantes del nazismo, Hitler incluido, encuentra el respaldo para sus prejuicios raciales y de casta, y en el ideario fascista de las jóvenes generaciones alemanas e italianas el ejemplo que deben seguir los jóvenes bolivianos, porque aquéllas se hallan animadas «del sentimiento aristocrático por excelencia, que es el respeto y sumisión a los más aptos y los mejores», y «consideran el principio de igualdad como propio de gentes con alma de esclavos y dominados por la codicia sórdida y la envidia baja.»

Tres años después, en la tercera edición de *Pueblo Enfermo*, mantiene los mismos argumentos de *La Danza de las Sombras* para atacar al incipiente comunismo boliviano e injuriar al fundador del Partido Socialista.³⁵ En estos instantes su identificación con la ideología nazi es total, hasta extremos de superponer párrafos enteros de Günter Gründel a su propio discurso, o de relacionar estrechamente las afirmaciones del teorizante nazi con la realidad boliviana derivada de la Guerra del Chaco. Retomando argumentos de Nietzsche y Novicow que concordaban con su elitismo «aristocratizante» devenido en filo-fascismo, enuncia la necesidad de una «élite dirigente», y como había hecho ya en *La Danza de las*

³³ Bien es cierto que la adhesión de Arguedas a las ideas fascistas ha de entenderse en su contexto nacional y mundial. La imagen de dos naciones en ascenso (Alemania e Italia) y el prestigio que de ello se derivaba incidieron poderosamente en el avance del fascismo en el resto del mundo. Frente a ello, Arguedas contemplaba a su patria postrada tras la guerra del Chaco e importó, para levantarla, la ideología más afín con su pensamiento, que parecía triunfar en Europa. Al lector interesado aconsejo la consulta de DOMIC, Marcos: *Idelogía y mito. (Los orígenes del fascismo boliviano)*, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1978, pp.20-33; también resulta útil el opúsculo de BAPTISTA GUMUCIO, Mariano: «Arguedas y el fascismo», en *Op. cit.*, pp.233-236.

³⁴ FERNÁNDEZ, Teodosio: «El pensamiento de Alcides Arguedas y la problemática del indio: Para una revisión de la novela indigenista», en *ALH*, VIII, 9, Madrid, 1980, pp.49-64. Para este punto concreto, p.63. También mi ponencia en el *XXIVº Congreso del I.L.L.I.*, Stanford, julio de 1985, «Alcides Arguedas y la «literatura nacional» boliviana», p.7.

³⁵ Los ataques entre Gustavo A. Navarro y Alcides Arguedas fueron recíprocos. El lector interesado puede leer otra andanada de Arguedas en *La Danza de las sombras*, t.I, pp.998-1008.

Sombras (aunque de forma solapada) invoca la figura de un salvador de la patria. En realidad Arguedas está pidiendo un Hitler³⁶ para Bolivia.

No es el momento de desarrollar su admiración por el dictador alemán, que es algo más que casual, como muestra la lectura atenta de *Mi lucha*. Sólo quiero resaltar la coincidencia esencial del racismo en uno y otro, y cómo, al igual que Hitler, Arguedas busca un chivo expiatorio para inculparlo de la «postración» de Bolivia, culminando con ello su pensamiento racista y ultraconservador, que no abandonará en sus últimos escritos.³⁷ Por eso podemos concluir diciendo con Domic:

«La historia personal de Arguedas y la evolución de su pensamiento en el tiempo son, pese a su singularidad, extraordinariamente representativas. Un intelectual reaccionario, reputado de liberal (por su militancia formal y no por su conformación ideológica), deviene, insensiblemente, admirador del fascismo y, finalmente, panegirista y difusor, no por un acto casual, una súbita revelación o por efecto de un mero espejismo. Las condiciones de su vida material y espiritual: hijo distinguido, «mentalmente castizo», de una distinguida familia terrateniente, supuestamente castiza; el influjo del ambiente ideológico que respiró desde su infancia y luego sus sucesivas experiencias personales —trabajar y vivir subvencionado por el más visible representante del capitalismo moderno de su país (Patiño)—, en las esferas de la diplomacia y el periodismo (de algún modo representantes del mismo Patiño), son una especie de rieles fuera de los cuales el intelectual, el historiador, el periodista, el político y el hombre Arguedas no podían funcionar.»

ANTONIO LORENTE MEDINA
U.N.E.D.

³⁶ Es ésta una de las contradicciones de Alcides Arguedas, como bien ha mostrado Domic. En marzo de 1936 escribía al presidente Tejada Sorzano induciéndole a erigirse en Dictador, a la manera de Hitler o Mussolini (*Arguedas. A. Etapas de la vida de un Escritor*, La Paz, Talleres Gráficos Bolivianos, 1963, p.362). A la par corregía *Pueblo Enfermo* y afirmaba en él los «desastrosos» efectos que para Bolivia habían tenido los regimenes militares.

³⁷ Recordemos el tono de la «Segunda Carta al (...) coronel Germán Busch» y «El candidato Liberal a Senador, Alcides Arguedas, a los electores», en la que el desprecio a la Convención de 1938 («La Convención Rebaño»), a los candidatos elegidos en ella («gentecilla sin nombres, sin pasado,») y a los «esclavos electores» que los votaron («envilecidos»), está dentro de la más estricta retórica fascista.